

Adam Smith: Economista y filósofo

Hubo una vez un caballero que leyó la *Riqueza de las naciones*; no un resumen, ni un volumen de pasajes selectos, sino la *Riqueza de las naciones* en sí. Empezó con la Introducción, leyó el famoso primer capítulo sobre la división del trabajo, los capítulos sobre el origen y los usos del dinero, los precios de las mercancías, los salarios del trabajo, las ganancias sobre el capital, la renta de la tierra, . . . , sin omitir la larga digresión sobre las fluctuaciones en el valor de la plata durante los últimos cuatro siglos, y los cuadros estadísticos al final. Habiendo completado el primer libro, siguió con el segundo, sin desanimarse por el hecho de que supuestamente contiene una errónea teoría del capital, y una insostenible distinción entre trabajo productivo e improductivo. En el Libro III encontró una historia del desarrollo económico en Europa desde la caída del Imperio Romano, con digresiones sobre diversas fases de la vida y civilización medievales. En el cuarto libro encontró extensos análisis y críticas de las políticas comerciales y coloniales de las naciones europeas, y toda una batería de argumentos en favor del libre comercio. Por último atacó el largo libro final sobre los ingresos del soberano. Aquí encontró materiales aún más diversos e inesperados: una explicación de los diferentes métodos de defensa y administración de justicia en sociedades primitivas, y sobre el origen y crecimiento de los ejércitos permanentes en Europa; una historia de la educación en la Edad Media y

Publicado originalmente en *Laissez-Faire*, No. 2 (Marzo 1995): 32-51.

una crítica de las universidades del siglo XVIII; una historia del poder temporal de la iglesia, del crecimiento de las deudas públicas en las naciones modernas, del modo de elegir obispos en la iglesia antigua; reflexiones sobre las desventajas de la división del trabajo, y —el objetivo principal del libro— un examen de los principios de la tributación y de los sistemas de ingresos fiscales. El tiempo no nos alcanza para enumerar todo lo que encontró aquí antes de llegar por fin a los párrafos finales, escritos durante los inicios de la Revolución Norteamericana, relativos al deber de las colonias de contribuir a sufragar los gastos de la madre patria. Ahora bien, quizá he exagerado un tanto. Probablemente nunca existió ese caballero (G. R. Morrow, «Adam Smith: Moralist and Philosopher», *Adam Smith, 1776-1926: Lectures* [University of Chicago, 1928]: 156-57).

Introducción

Dos siglos después de su muerte, Adam Smith es aún considerado por muchos como la figura más importante en la historia del pensamiento económico. Su célebre obra sobre *La riqueza de las naciones* captó el espíritu del capitalismo moderno, y presentó su justificación teórica en una forma que dominó el pensamiento de los más influyentes economistas del siglo XIX y que sigue inspirando a los defensores del mercado libre incluso hoy en día.

Sin embargo, aunque pocas personas

cuestionarían su importancia para la historia de la ciencia económica, es importante recordar que Smith no era únicamente (ni acaso principalmente) un economista —de hecho, en sus tiempos la economía aún no se había desarrollado como disciplina independiente— y él mismo consideraba su *Riqueza* como una exposición parcial de una obra más amplia sobre «los principios generales de la ley y del gobierno, y de las diferentes revoluciones que en éstas se han producido en las diferentes épocas y períodos de la sociedad», obra que deseaba escribir pero que nunca llegó a completar. Más aún, incluso en *La riqueza de las naciones* es evidente que para Smith la ciencia económica abarcaba mucho más que la teoría de precios, producción y distribución, moneda y banca, finanzas públicas, comercio internacional y crecimiento económico, campos que hoy en día se consideran como especialidades en sí mismos. Naturalmente que todos estos temas se discuten en el libro, pero también incluye detalladas discusiones sobre tópicos tan diversos como historia eclesiástica, demografía, política educacional, ciencias militares, agricultura y asuntos coloniales. En efecto, la amplitud de sus intereses, que abarcaban no sólo economía, ética, filosofía política, y jurisprudencia, sino también literatura, lingüística, psicología, y la historia de la ciencia, debe asombrar al moderno especialista, pero no menos asombrosa es la profundidad analítica que exhibe en todos sus estudios.

Primeros años e iniciación profesional

Adam Smith nació en 1723 en Kirkcaldy, Escocia, hijo póstumo de Adam Smith, oficial de aduanas, y Margaret Douglas. Se desconoce la fecha exacta de su nacimiento, pero fue bautizado el 5 de Junio, 1723. Poco se sabe de su infancia, excep-

to que a la edad de 4 años fue raptado por una banda de gitanos, siendo rescatado gracias a la oportuna acción de su tío. «Me temo que no hubiera sido un buen gitano», comentó John Rae, su principal biógrafo.¹ Aparte de este incidente, la vida de Smith fue singularmente tranquila, y su historia es esencialmente la de sus estudios y sus libros.

En 1737, a la edad de 14 años, habiendo concluido su curso en la escuela local de Kirkcaldy, Smith ingresó en la Universidad de Glasgow, donde fue influenciado por el «nunca olvidado» Francis Hutcheson, el famoso profesor de filosofía moral. Luego de su graduación en 1740, Smith obtuvo una importante beca para Oxford, donde estudió por seis años en Balliol College, con la intención de prepararse para una carrera eclesiástica en Escocia. Sin embargo, el entorno académico en Oxford en esa época era pobre y decepcionante: «hace mucho tiempo que la mayor parte de los profesores oficiales [en Oxford] abandonaron las obligaciones de la enseñanza», y «será por su propia culpa si en Oxford alguien llega a poner en peligro su salud por exceso de estudio».² Smith dedicó estos años a un programa de lectura intensiva en filosofía y literatura, tanto modernas como clásicas.

En 1746 decidió renunciar a su beca antes de su expiración, y abandonó Oxford para retornar a Escocia. No podemos saber a ciencia cierta por qué tomó este paso. Posiblemente llegó a un punto críti-

¹John Rae, *Life of Adam Smith* (Londres: Macmillan, 1895), p. 5.

²Adam Smith, *Investigación sobre la naturaleza y causas de la riqueza de las naciones* (México: Fondo de Cultura Económica, 1958), p. 673, y *Correspondence of Adam Smith*, E. C. Mossner y I. S. Ross, eds. (Oxford University Press, 1987), p. 1.

co su desagrado por el ambiente intelectual que le rodeaba; es posible también que ya no le motivara la perspectiva de una carrera eclesiástica. En todo caso, en palabras de Dugald Stewart, el hecho es que «optó por consultar en esta instancia su propia inclinación, con preferencia a los deseos de sus amigos; y abandonando de inmediato todos los esquemas que en su favor habían elaborado, decidió volver a su propio país, limitando su ambición a la incierta perspectiva de obtener, con el tiempo, alguno de los modestos privilegios a que conducen los logros literarios en Escocia».³

Habiendo retornado a la casa de su madre en su pueblo natal, Smith se dedicó a buscar un empleo adecuado, a la vez que continuaba sus estudios. En 1748 viajó a Edimburgo, donde bajo el auspicio de Lord Henry Kames dictó por tres años una serie de conferencias públicas sobre retórica y letras. En 1751 fue llamado por su propia Universidad de Glasgow para ocupar primeramente la cátedra de Lógica, y luego la de Filosofía Moral. Este último cargo lo ejerció por 12 años, período que posteriormente describiría como «el más útil y por tanto el más feliz y honorable de mi vida». Su curso de filosofía moral estaba dividido en cuatro partes: teología natural, ética, jurisprudencia y economía política. En 1759 publicó su primer libro, *La teoría de los sentimientos morales*, que incorporaba la segunda porción de su curso, y que casi inmediatamente estableció su reputación académica y literaria. En 1761 publicó un ensayo sobre «La primera formación de los idiomas», que fue incluido como apéndice en posteriores ediciones de los

³Dugald Stewart, «Account of the Life and Writings of Adam Smith, LL.D.» [1793], en Adam Smith, *Essays on Philosophical Subjects* (Oxford University Press, 1980), p. 272.

Sentimientos morales (se publicaron seis ediciones durante su vida).

Viaje por Francia

En 1763 Charles Townshend ofreció a Smith una pensión vitalicia a cambio de que sirviera como tutor de su hijastro, el Duque de Buccleuch, durante un viaje de tres años por Francia. Smith renunció entonces a su cátedra y se embarcó en su único viaje al extranjero. Sin embargo, puesto que el contrato con Townshend le obligaba a suspender sus clases antes de finalizar el ciclo académico, Smith propuso devolver a sus estudiantes la totalidad de los honorarios que había recibido de ellos, cosa que hizo, aunque no fue tarea fácil:

Luego de concluir su última lección y de anunciar públicamente desde la cátedra que se despedía por última vez de sus oyentes, explicándoles también los acuerdos a que había llegado, en la medida de sus posibilidades, en su beneficio, tomó de su bolsillo los honorarios de los estudiantes, envueltos todos por separado en paquetes de papel, y empezó a llamarlos a cada uno por sus nombres, entregándole al primero el dinero en sus manos. El joven se negó a aceptarlo, declarando que la instrucción y placer que había recibido eran mucho más de lo que había pagado o que podría recompensar jamás, y se escuchó una voz general de todos los presentes en el mismo sentido. Pero Mr. Smith no se dio por vencido. Después de expresar cálidamente sus sentimientos de gratitud y su más sentido aprecio por el afecto demostrado por sus jóvenes amigos, les dijo que éste era un asunto de su propia conciencia, y que no se sentiría satisfecho si no realizaba lo que consideraba justo y correcto. «No deben negarme esta satisfacción», les dijo, «y señores, por los cielos que no lo harán», y tomando de la chaqueta al joven más próximo, le metió el dinero en el

bolsillo, y luego lo apartó de sí. Los demás vieron que no podían oponerse y no tuvieron más remedio que aceptar.⁴

En el curso de su viaje en calidad de tutor del joven duque, Smith conoció a Voltaire en Ginebra, y se asoció con Turgot, Quesnay, y otros economistas y enciclopedistas franceses durante su estadía en París. En París también mantuvo contacto con su amigo y compatriota, el filósofo escocés David Hume, quien entonces ocupaba un alto cargo en la embajada británica en esa capital. En 1766 la repentina enfermedad y muerte de Hew Scott, hermano menor del duque, puso fin al viaje, forzando un prematuro retorno a Inglaterra.

Aunque el viaje resultó personalmente muy provechoso para Smith, tanto intelectualmente como del punto de vista financiero, con el tiempo llegó a formarse una opinión bastante desfavorable acerca del valor educativo de tales tutorías. Algunos años después se expresó sobre el tema en los siguientes términos:

En Inglaterra se ha ido introduciendo cada vez más la costumbre de hacer viajar a los jóvenes por naciones extranjeras, inmediatamente que salen de la escuela, ... Generalmente se oye decir que la juventud vuelve de ese modo a su patria con una instrucción más completa. Un joven que sale de su patria a los 17 o 18 años, y retorna a los 21, volverá con unos cuantos años más de edad, y es difícil que en esa época de la vida no haga progresos. Generalmente suele adquirir en el transcurso de sus viajes el conocimiento de uno o dos idiomas extranjeros, pero aún éstos con mucha imperfección, pues, por lo regular, ni los habla ni los escribe con propiedad. En cuanto a lo demás, vuelve a su casa más presuntuoso, más indisciplinado, menos apegado a los buenos princi-

pios, y más incapaz de una seria dedicación al estudio o a los negocios que si durante ese corto tiempo hubiera permanecido entre los suyos. En tan temprana edad, los viajes, durante los cuales se malgastan en las más frívolas disipaciones los años más preciosos de la existencia, fuera de la vigilancia y del cuidado de los padres y familiares, lejos de confirmar y afianzar los buenos y provechosos hábitos de la primera educación, los desvanecen y borran por completo. Nada ha contribuido más a la absurda costumbre de efectuar esos viajes en ese temprano período de la vida, como no sea el descrédito en que han caído las Universidades. Enviando sus hijos al extranjero los padres se liberan, por lo menos durante algún tiempo, de una preocupación tan desagradable como es la de contemplar cómo aquellos desperdician sus horas y corren camino de la ruina.⁵

La riqueza de las naciones

Durante los siguientes siete años Smith vivió con su madre en Kirkcaldy, dedicando la mayor parte de su tiempo a la redacción de su siguiente libro. Aunque vivía prácticamente como un recluso, este período también lo describió como feliz: «Quizá nunca estuve [tan feliz] en toda mi vida», le manifestó una vez a David Hume.⁶ En 1773 puso fin a su aislamiento auto-impuesto, viajó a Londres (llevándose su manuscrito consigo), y durante cinco años vivió en esa ciudad, donde su círculo de amigos incluía a Edward Gibbon y Edmund Burke.

En Marzo de 1776 se publicó finalmente *La riqueza de las naciones*. La

⁴Rae, *op. cit.*, p. 170.

⁵Smith, *La riqueza de las naciones*, pp. 681-82.

⁶Carta a David Hume, Junio 7, 1767 (*Correspondence*, p. 125).

obra tuvo un éxito inmediato y duradero: la primera edición se agotó en seis meses, y durante la vida de Smith se publicaron cinco ediciones (1776, 1778, 1784, 1786 y 1789). Además, en cuestión de tres décadas se había traducido a por lo menos seis idiomas extranjeros: danés (1779-80), tres versiones francesas (1781, 1790, y 1802), alemán (1776-78), italiano (1780), español (1794) y ruso (1802-06).

La única otra obra publicada por Smith durante su vida (aparte de dos artículos sobre temas literarios escritos para el *Edinburgh Review* en 1755) fue su «Carta a [William] Strahan» sobre la muerte de David Hume.⁷ Su cálido elogio de las cualidades morales de su gran amigo motivó airadas protestas en todo el Reino Unido. Smith habría de anotar después: «Una simple e inofensiva hoja de papel ... me causó diez veces más vituperios que el violento ataque que realicé en contra de todo el sistema comercial de Gran Bretaña».⁸

En 1778, posiblemente por iniciativa de su antiguo pupilo, el Duque de Buccleuch (y para permanente desconcierto de muchos de sus seguidores a lo largo de los años), Smith fue nombrado Comisionado de Aduanas para Escocia, cargo que desempeñó hasta su muerte, viviendo con su madre y su prima, Miss Janet Douglas, en Edimburgo. En 1787 fue elegido Lord Rector de la Universidad de Glasgow, su

⁷Carta a William Strahan, Nov 9, 1776 (*Correspondence*, pp. 217-21). Esta carta fue publicada en 1777, y posteriormente reproducida en la mayoría de las ediciones de los *Essays* de Hume, más recientemente en *Essays—Moral, Political, and Literary*, ed. E. F. Miller (Indianápolis: Liberty Classics, 1987), pp. xliii-xlix.

⁸Carta a Andreas Holt, Oct 26, 1780 (*Correspondence*, p. 251).

alma mater, sirviendo hasta 1789. Su carta de aceptación expresa muy bien su satisfacción por este importante reconocimiento a sus méritos académicos:

Ningún hombre puede deber tanto a una sociedad como yo le debo a la Universidad de Glasgow. Me educaron, me enviaron a Oxford, poco después de mi regreso a Escocia me eligieron como uno de sus miembros y después me prefirieron para otro cargo para el cual las cualidades y virtudes del nunca olvidado Dr. Hutcheson habían dado un superlativo grado de ilustración. El período de 13 años que pasé como miembro de esa sociedad lo recuerdo como el período más útil, y por tanto el más feliz y honorable de mi vida; y ahora, después de 23 años de ausencia, el ser recordado de una manera tan grata por mis viejos amigos y protectores me produce un gozo que no puedo fácilmente expresar.⁹

El 17 de Julio, 1790, lleno de honores, Adam Smith murió a la edad de 67 años.

Publicaciones póstumas

En 1795, los ejecutores literarios de Smith, Joseph Black y James Hutton, editaron y publicaron una colección de «Ensayos sobre temas filosóficos» que incluía un juvenil ensayo sobre la «Historia de la astronomía». La más conocida edición moderna de estos ensayos es la de J. R. Lindgren (ed.), *The Early Writings of Adam Smith* (Nueva York: Kelley, 1967), que también incluye el ensayo sobre la formación de los idiomas. Antes de su muerte, Smith había ordenado la destrucción de la mayoría de sus otros manuscritos inéditos, entre los cuales probablemente se encontraban sus confe-

⁹Carta a Archibald Davidson, Noviembre 16, 1787 (*Correspondence*, pp. 308-09).

rencias sobre religión natural y sobre jurisprudencia, lo mismo que sus lecciones sobre retórica. La mayor parte de este material probablemente se perdió para siempre, aunque ciertas partes han sido recuperadas indirectamente en la forma de apuntes tomados por estudiantes en los años 1762-1764.

En efecto, en 1895 el Prof. Edwin Cannan se enteró de la existencia, en manos de un abogado de Edimburgo, de un manuscrito que identificó como los apuntes de clase, tomados por un estudiante, de un curso sobre jurisprudencia dictado por Smith poco antes de su viaje a Francia. (Posteriormente se logró establecer que estas conferencias fueron efectivamente dictadas durante la porción del ciclo académico de 1763-64 que precedió su partida.) Cannan editó estos apuntes y los publicó bajo el título de *Lectures on Justice, Police, Revenue and Arms, delivered in the University of Glasgow by Adam Smith* (Oxford: Clarendon Press, 1896).

En 1929, la Biblioteca Clements de la Universidad de Michigan adquirió una colección de documentos que habían pertenecido a Alexander Wedderburn, entre los cuales se encontraba un manuscrito que el Prof. G. H. Guttridge identificó como un memorándum sobre «el problema americano» escrito por Adam Smith en 1778. Este manuscrito fue editado por Guttridge y publicado en la *American Historical Review*, 38 (1933): 714-20.

Finalmente, dos juegos adicionales de apuntes de clase fueron descubiertos por el Prof. John M. Lothian en 1958. Uno de estos correspondía a un curso de retórica y letras, dictado por Smith en Glasgow en la sesión 1762-63. Estos apuntes fueron editados por Lothian y publicados bajo el título *Lectures on Rhetoric and Belles*

Lettres (Londres: Nelson, 1963). El segundo juego de apuntes, correspondiente al curso de jurisprudencia dictado durante la misma sesión, no fue publicado sino hasta 1978, como parte de la *Glasgow Edition of the Works and Correspondence of Adam Smith*.

En esta época de excesiva especialización, no pueden dejar de impresionarnos la amplitud y profundidad de la erudición de Smith, fiel y genuino representante del espíritu de la Ilustración Escocesa. Sin embargo, por mucho que admiremos sus logros en campos tan variados, no puede negarse tampoco que la posteridad ha decidido recordarle principalmente por sus contribuciones a la ciencia económica, y su fama siempre se basará mayormente en su obra maestra, *La riqueza de las naciones*. Aunque escrita en inglés en el siglo XVIII, ahora pertenece al mundo y a todos los tiempos. Smith separó definitivamente la economía del restrictivo marco de referencia mercantilista, que negaba los beneficios del intercambio entre las naciones, e hizo de ella el estudio del orden social espontáneo (y generalmente no-intencionado) que surge de los intercambios voluntarios entre individuos libres, intercambios que producen beneficios para todas las partes involucradas, sean domésticas o extranjeras. En tanto sobreviva en este mundo el amor por la libertad, los hombres libres seguirán inspirándose en Adam Smith, autor de *La riqueza de las naciones*.

El modelo smithiano

En *La riqueza de las naciones*, el tema dominante es el crecimiento económico, lo que se evidencia desde el mismo título del libro. En efecto, en esta obra Adam Smith trató de explicar los factores que determinan el progreso económico, y las

medidas que podrían tomarse para crear un ambiente favorable para el crecimiento económico sostenido. Más aún, los principales elementos de su teoría aún forman la base para las discusiones más recientes sobre el tema, y sus recomendaciones para la política económica siguen siendo relevantes para nuestra época. Será por tanto oportuno e instructivo aprovechar esta oportunidad para reexaminar en algún detalle su modelo de crecimiento económico y la evidencia que lo sustenta.

Según Smith, tanto el nivel del ingreso real per cápita como su tasa de crecimiento dependen esencialmente de «la aptitud, destreza y sensatez con que generalmente se ejercita el trabajo»,¹⁰ es decir, de lo que hoy en día llamaríamos la productividad laboral. A su vez, Smith atribuía las diferencias internacionales e inter-temporales en la productividad a diferencias en el grado de división del trabajo. Para ilustrar los efectos de una mayor y más fina división del trabajo, Smith recurre al ejemplo de una manufactura «de poca importancia»: la industria de alfileres. Aún hoy en día no puede dejar de maravillarnos la siguiente relación:

Un obrero que no haya sido adiestrado en esa clase de tarea, ... , por más que trabaje, apenas podría hacer un alfiler al día, y desde luego no podría confeccionar más de 20. Pero dada la manera como se prac-

tica hoy día la fabricación de alfileres, no sólo la fabricación misma constituye un oficio aparte, sino que está dividida en varios ramos, ... Un obrero estira el alambre, otro lo endereza, un tercero lo va cortando en trozos iguales, un cuarto hace la punta, ... En fin, el importante trabajo de hacer un alfiler queda dividido de esta manera en unas 18 operaciones distintas, ... He visto una pequeña fábrica de esta especie que no empleaba más de diez obreros, donde, por consiguiente, algunos tenían a su cargo dos o tres operaciones. Pero a pesar de que eran pobres y, por lo tanto, no estaban bien provistos de la maquinaria debida, podían, cuando se esforzaban, hacer entre todos, diariamente, unas doce libras de alfileres. En cada libra había más de 4,000 alfileres de tamaño mediano. Por consiguiente, estas diez personas podían hacer cada día, en conjunto, más de 48,000 alfileres, cuya cantidad dividida entre diez correspondería a 4,800 por persona.¹¹

¿A qué se debe este fantástico incremento en la productividad del trabajo? Smith lo explica en términos de tres factores básicos:

[Primero] de la mayor destreza de cada obrero en particular; segundo, del ahorro de tiempo que comúnmente se pierde al pasar de una ocupación a otra, y por último, de la invención de un gran número de máquinas, que facilitan y abrevian el trabajo, capacitando a un hombre para hacer la labor de muchos.¹²

¹⁰Smith, *La riqueza de las naciones*, p. 3. Es significativo que ya en la primera línea de la primera página del libro Smith expresa: «El trabajo anual de cada nación es el fondo que en principio la provee de todas las cosas necesarias y convenientes para la vida, y que anualmente consume el país». Es decir, Smith identifica la riqueza de las naciones con la producción de bienes de consumo, definición que contrasta marcadamente con la entonces predominante tradición mercantilista, que identificaba la riqueza con el *dinero* en sí.

¹¹*Ibid.*, pp. 8-9. Hoy en día la comparación sería aún más dramática: actualmente se estima que la producción por empleado en la fabricación de alfileres en Inglaterra es de 800,000 alfileres diarios, y en términos de producción por hora de trabajo el incremento es aún mayor, ya que la jornada laboral es ahora más corta que en tiempos de Adam Smith (véase C. F. Pratten, «The Manufacture of Pins», *Journal of Economic Literature*, 18 [1980]: 93-96).

¹²Smith, *op. cit.*, p. 11.

Por otro lado, un factor que *limita* la división del trabajo es la disponibilidad de capital, ya que para lograr un mayor grado de división del trabajo es necesario proporcionarle a la fuerza laboral más (y mejores) herramientas y maquinarias para llevar a cabo la producción: «Así como la acumulación de capital, ... debe preceder a la división del trabajo, de la misma manera, la subdivisión de éste sólo puede progresar en la medida en que el capital haya ido acumulándose previamente». ¹³ Otro factor que limita la división del trabajo en un lugar y momento determinados es el tamaño del mercado:

Así como la facultad de cambiar motiva la división del trabajo, la amplitud de esta división se halla limitada por la extensión del mercado. Cuando éste es muy pequeño, nadie se anima a dedicarse por entero a una ocupación, por falta de capacidad para cambiar el sobrante del producto de su trabajo, en exceso del consumo propio, por la parte que necesita de los resultados de la labor de otros. ¹⁴

Como resultado de esto, aún si un mayor grado de división del trabajo es *técnicamente* factible, su factibilidad *económica* estará limitada por la extensión del mercado. Dicho de otra forma, la expansión del mercado para un producto resultará en un mayor grado de división del trabajo, incrementando la productividad. Esta proposición es de la mayor importancia para entender los aspectos dinámicos del crecimiento económico. Por estas mismas razones, las restricciones al comercio internacional tendrán efectos adversos sobre la productividad, ya que necesariamente limitan el tamaño del mercado, impidiendo la división internacional del trabajo. En cambio, el comer-

cio libre y abierto tiene el efecto opuesto: «Gracias al comercio exterior, la limitación del mercado doméstico no impide que la división del trabajo sea llevada hasta su máxima perfección. Abriendo un mercado más amplio para cualquier porción del producto del trabajo que exceda las necesidades del consumo doméstico, lo estimula para perfeccionar y fomentar las fuerzas productivas, de suerte que alcance un desarrollo considerable el producto anual y, por consiguiente, la riqueza y la renta efectiva de la sociedad». ¹⁵

Por último, un entorno legal y político favorable puede contribuir significativamente a incrementar el flujo de inversiones productivas. Por tanto, el problema del desarrollo económico es para Smith en última instancia un problema institucional: ¿cuál es el sistema que mejor garantiza el pleno desenvolvimiento del potencial económico de una nación? Sabemos, por supuesto, que Smith era decidido defensor del comercio libre en el plano internacional, ya que de esta forma se incrementaba la productividad nacional al ampliarse la extensión del mercado. En el plano doméstico, Smith también generalmente favorecía una política de mínima intervención del gobierno en el mercado:

Proscritos enteramente todos los sistemas de preferencia o de restricciones, no queda sino el sencillo y obvio sistema de la libertad natural, que se establece espontáneamente y por sus propios méritos. Todo hombre, con tal que no viole las leyes de la justicia, debe quedar en perfecta libertad para perseguir su propio interés como le plazca, dirigiendo su actividad e invirtiendo sus capitales en concurrencia con cualquier otro individuo o categoría de personas. El Soberano se verá liberado completamente de un deber, cuya prose-

¹³*Ibid.*, p. 251.

¹⁴*Ibid.*, p. 20.

¹⁵*Ibid.*, p. 394.

cusión forzosamente habrá de acarrearle numerosas desilusiones, y cuyo cumplimiento acertado no puede garantizar la sabiduría humana ni asegurar ningún orden de conocimiento, ... , a saber, la obligación de supervisar la actividad privada, dirigiéndola hacia las ocupaciones más ventajosas a la sociedad.¹⁶

La acción espontánea del mercado generalmente producirá una asignación óptima de los recursos, maximizando por tanto el bienestar de la sociedad entera, aún cuando ésta no sea la intención de los individuos involucrados:

Ahora bien, como cualquier individuo pone todo su empeño en emplear su capital en sostener la industria doméstica, y dirigirla a la consecución del producto que rinde más valor, resulta que cada uno de ellos colabora de una manera necesaria en la obtención del ingreso anual máximo para la sociedad. Ninguno se propone, por lo general, promover el interés público, ni sabe hasta qué punto lo promueve ... pero en éste como en otros muchos casos, es conducido por una mano invisible a promover un fin que no entraba en sus intenciones.¹⁷

Por otro lado, pretender asignar los recursos por medio de un plan deliberado requeriría mayores conocimientos que los que puede disponer cualquier individuo.

¹⁶*Ibid.*, p. 612.

¹⁷*Ibid.*, p. 402. Las *intenciones* de los agentes económicos son en todo caso irrelevantes. El párrafo citado concluye así: «Más no implica mal alguno para la sociedad que tal fin no entre a formar parte de sus propósitos, pues al perseguir su propio interés, promueve el de la sociedad de una manera más efectiva que si esto entrara en sus designios. No son muchas las cosas buenas que vemos ejecutadas por aquellos que presumen de servir sólo el interés público».

Es más, la mera *presunción* de poder hacerlo lo descalifica para el efecto:

El gobernante que intentase dirigir a los particulares respecto de la forma de emplear sus respectivos capitales, tomaría a su cargo una empresa imposible, y se arrogaría una autoridad que no puede confiarse prudentemente ni a una sola persona, ni a un senado o consejo, y nunca sería más peligroso ese empeño que en manos de una persona lo suficientemente presuntuosa e insensata como para considerarse capaz de tal cometido.¹⁸

De hecho, existe un elemento falso y hasta ridículo en la noción de un gobernante que pretende administrar la economía de su pueblo: «Es una vana presunción que sus príncipes y ministros pretendan velar sobre la economía de aquellos pueblos, ... , cuando los más poderosos son los más pródigos de la sociedad. Velando aquellos sobre sus propios gastos, puede esperarse que sin otra diligencia contengan los suyos los particulares. ¡Si su propia extravagancia no arruina al estado, nunca lo logrará la de los súbditos!»¹⁹

Por último, el hecho es que las más de las veces el progreso de la sociedad no se ha logrado como consecuencia de las intervenciones de los gobernantes, sino en todo caso *a pesar* de ellas:

Las grandes naciones nunca se empobrecen por la prodigalidad o la conducta errónea de algunos de sus individuos, pero sí caen en esa situación debido a la prodigalidad y disipación de los gobiernos ... A pesar de esto, la sobriedad y la buena conducta son suficientes, en la mayor parte de los casos, según parece confirmarlo la experiencia, para compensar

¹⁸*Ibid.*

¹⁹*Ibid.*, p. 313.

no sólo los dispendios excesivos de algunas personas, y su equivocada conducta, sino incluso los de la disipación del gobierno. Aquel esfuerzo del hombre, constante, uniforme e ininterrumpido por mejorar de condición, que es el principio a que debe originariamente su opulencia el conjunto de una nación ... , es capaz, por regla general, de sostener la propensión natural de las cosas hacia su adelanto, a pesar de los gastos excesivos del Gobierno y de los errores de la administración; al igual que el desconocido principio vital restituye casi siempre la salud y el vigor, no sólo a pesar de las enfermedades, sino de las absurdas prescripciones de los doctores.²⁰

La crítica del mercantilismo

La teoría de Smith fue revolucionaria en su época porque contradecía directamente las doctrinas mercantilistas que predominaban entonces. (En la actualidad aún sobreviven remanentes de estas políticas, y que se siguen justificando con los mismos obsoletos argumentos.)

El mercantilismo era una doctrina que favorecía la extensa regulación de la actividad económica con vistas a la promoción de ciertos intereses nacionales. Uno de los supuestos básicos de los mercantilistas era que toda política económica debía evaluarse en función de su efecto sobre la provisión nacional de metales preciosos. (Debe recordarse que en esa época la masa monetaria aún consistía principalmente de dinero metálico.) En ausencia de minas de oro y plata domésticas, el objetivo primario de la política comercial debía ser el de lograr el mayor exceso de exportaciones sobre importaciones posible (esto es, una balanza comercial favorable), siendo éste el único

medio de incrementar la provisión de metales preciosos. Para lograr una balanza comercial favorable debían fomentarse las exportaciones y/o restringirse las importaciones por medio de intervenciones del gobierno diseñadas y administradas para el efecto.

Las críticas de Smith a las doctrinas y políticas mercantilistas proceden sobre varios frentes. En primer lugar, la teoría y práctica del mercantilismo eran incompatibles con su propio modelo de crecimiento, que se basaba en el funcionamiento del mercado libre. Más concretamente, en el modelo smithiano las restricciones al comercio libre limitan la extensión del mercado, y por tanto el grado de división del trabajo, que es la fuente última del crecimiento económico.

Sin embargo, Smith no se limitó a criticar a los mercantilistas en términos de su propio marco conceptual, sino que también atacó duramente las bases mismas de la doctrina, empezando por la errónea identificación de dinero y riqueza: «Sería cosa ridícula en extremo empeñarse en probar seriamente que la riqueza no consiste en dinero, o en la plata y el oro, sino en lo que se compra con el dinero, y que éste sólo vale en cuanto compra».²¹ El hecho es que dinero y riqueza son realmente dos cosas diferentes, y un incremento en la cantidad de dinero no constituye en sí mismo un incremento en la riqueza real del país. El caso del descubrimiento de América es ilustrativo a este respecto. Este evento fue de la mayor importancia para Europa, según Smith, pero no debido al influjo de metales preciosos que ocasionó, sino más bien por la tremenda ampliación de los mercados a que dio lugar:

²⁰*Ibid.*, pp. 309-10.

²¹*Ibid.*, pp. 385-86.

Al abrir un mercado tan amplio y nuevo a todas las mercancías de Europa, promovió en las artes una ulterior división del trabajo e hizo posibles adelantos que de otra manera nunca hubieran podido tener lugar, por falta de mercado donde colocar una cantidad tan grande de sus productos en el ámbito limitado del comercio antiguo. Las facultades productivas del trabajo se perfeccionaron y fortalecieron, incrementóse el producto de ellas en todos los países de Europa y creció con él el ingreso y la riqueza real de todos sus habitantes. Casi todas las mercaderías de Europa constituían una novedad para América, y las de América para Europa. Con ello se vino a establecer un nuevo género de cambios en que antes no se había pensado, y que naturalmente había de resultar igualmente ventajoso para el Continente recientemente descubierto como para el Antiguo.²²

[...]

En el transcurso de un siglo o dos posiblemente se descubran nuevas minas, más fecundas que las hasta ahora conocidas, pero también es igualmente posible que las que se descubran sean más estériles que las conocidas antes del descubrimiento de América. Sea cualquiera el resultado, tiene muy poca importancia en relación con la riqueza real y la prosperidad del mundo y con el valor real del producto anual de la tierra y del trabajo humano. Es indudable que el valor nominal de este producto, la suma de oro y plata en que se expresa o representa, será muy diferente en ambos casos; pero el valor real del

²²*Ibid.*, p. 395. Con respecto a este pasaje, conviene anotar que Smith está analizando las consecuencias del descubrimiento para Europa. En este mismo párrafo, sin embargo, Smith admite que en la práctica las consecuencias para los nativos americanos no fueron siempre afortunadas: «La salvaje injusticia de los europeos convirtió en destructor y ruinoso, para varios de aquellos desgraciados países, un suceso que debió haber sido beneficioso para todos».

producto, la cantidad real de trabajo que pueda comprar o de que pueda disponer, será siempre la misma.²³

El ataque prosigue inmisericorde. Las doctrinas mercantilistas no sólo están basadas en errores conceptuales, sino que violan flagrantemente el más elemental sentido común:

Lo que es prudencia en el gobierno de una familia particular, raras veces deja de serlo en la conducta de un gran reino. Cuando un país extranjero nos puede ofrecer una mercancía en condiciones más baratas que nosotros podemos hacerla, será mejor comprarla que producirla, dando por ella parte del producto de nuestra propia actividad económica, y dejando a ésta emplearse en aquellos ramos en que saque ventaja al extranjero.²⁴

[...]

En Escocia podrían plantarse muchas viñas y obtenerse muy buenos vinos por medio de invernaderos, mantillo y vidrieras, pero saldrían treinta veces más caros que los de la misma calidad procedentes de otro país. ¿Sería razonable prohibir la introducción de vinos extranjeros sólo con el fin de fomentar la producción de clarete o borgoña en suelo escocés?²⁵

Por último, los mercantilistas confunden fines y medios, tomando la actividad económica como un fin en sí mismo, olvidando que en última instancia el propósito final de toda actividad económica es la satisfacción de las necesidades humanas: «El consumo es la finalidad exclusiva de la producción, y únicamente se deberá fomentar el interés de los productores cuando ello coadyuve a promover el

²³*Ibid.*, p. 228.

²⁴*Ibid.*, p. 403.

²⁵*Ibid.*, p. 404.

del consumidor. El principio es tan evidente por sí mismo que no merece siquiera la pena de tomarse el trabajo de demostrarlo. Pero, con arreglo a las máximas del sistema mercantil, el interés del consumidor se sacrifica constantemente al del productor, y pretende considerar la producción, y no el consumo, como si fuera el objeto y finalidad de toda la industria y de todo el comercio».²⁶

²⁶*Ibid.*, pp. 588-89. Esta observación, aunque evidente, es frecuentemente olvidada incluso hoy en día. Por ejemplo, en la actualidad acostumbramos medir la riqueza de una nación por medio de su Producto Interno Bruto, pero no siempre tomamos en cuenta que una alta tasa de crecimiento del PIB total no implica necesariamente una mejoría en la provisión de bienes de consumo. La economía soviética, por ejemplo, tuvo altas tasas de crecimiento económico en décadas pasadas, pero en la práctica la mayor parte del incremento en la producción consistía de bienes de capital, que eran reinvertidos en el proceso productivo, y hubo muy poca mejoría en el nivel de vida de los consumidores. Lo que es peor, el alto nivel de inversión no generaba mayores incrementos en la productividad, y es por esto que para sostener una misma tasa de crecimiento la economía soviética requería niveles de inversión mucho mayores que los que se requerían en economías más productivas. Lo que no está claro, sin embargo, es si debiera interpretarse como crecimiento económico un incremento en la producción de bienes que son dedicados únicamente a mantener el mismo aparato productivo (perdiendo de vista que en última instancia la razón de ser del aparato productivo debe ser la producción de bienes de consumo). Sobre las características del crecimiento económico soviético véase Gur Ofer, «Soviet Economic Growth: 1928-1985», *Journal of Economic Literature*, 25 (1987): 1767-1833. Por cierto que muchos economistas occidentales habían observado desde hacía mucho tiempo este fenómeno —véase, por ejemplo, G. Warren Nutter, «The Structure and Growth of Soviet Industry», *Journal of Law and Economics*, 2

Evidencia

Smith mismo no era muy optimista en cuanto a la factibilidad política de sus propuestas:

Esperar que en la Gran Bretaña se establezca enseguida la libertad de comercio es tanto como prometerse una Oceana o una Utopía. Se oponen a ello, de una manera irresistible, no sólo los prejuicios del público, sino los intereses privados de muchos individuos.²⁷

Difícil sería predecir si el futuro eventualmente justificará este pesimismo o no. No cabe duda, sin embargo, que en la medida en que se han aplicado en la práctica los principios smithianos, en esa medida se ha fomentado también el desarrollo económico de los pueblos. La evidencia histórica es abrumadora a este respecto. El espectacular desarrollo de la Revolución Industrial en Inglaterra durante el siglo XIX, por ejemplo, se debió en buena medida a la aplicación de dichos principios.²⁸

En el siglo XX la demostración más elocuente de la validez del análisis smithiano lo constituyen las dramáticas diferencias que se observan en el desempeño de los países subdesarrollados. En el periodo posterior a la Segunda Guerra

(1959): 147-74 y R. P. Powell, «Economic Growth in the USSR», *Scientific American*, 219 (6) (1968): 17-23.

²⁷Smith, *op. cit.*, p. 415.

²⁸El clásico análisis de los efectos de la Revolución Industrial sobre el nivel de vida de los trabajadores en Inglaterra es el de T. S. Ashton, «The Standard of Life of the Workers in England, 1790-1830», en F. A. Hayek (ed.), *Capitalism and the Historians* (Chicago: University of Chicago Press, 1954), pp. 127-59.

Mundial, algunos de estos países adoptaron políticas de desarrollo que se pueden describir como «orientadas hacia adentro», esto es, protegiendo sus industrias domésticas por medio de barreras arancelarias y otras restricciones a la importación, medidas que introducen un sesgo en contra de la exportación y en favor de la sustitución de importaciones. El otro grupo de países, menos numeroso y ejemplificado principalmente por Corea del Sur y Taiwan, adoptó políticas «orientadas hacia afuera», integrándose al mercado mundial y abriendo sus economías domésticas a las fuerzas de la competencia internacional.

Es bien sabido, por supuesto, que los resultados obtenidos se inclinan enormemente en favor del segundo grupo de países, aunque no es éste el lugar para realizar una crónica detallada de sus logros económicos.²⁹ Baste con señalar que estos países no sólo evitaron los problemas del desarrollo hacia adentro, sino que participaron más plenamente de los beneficios que proporciona el comercio internacional: mejor asignación de recursos y un uso más intensivo de la mano de obra doméstica. Puesto que los mercados domésticos de los países sub-desarrollados son muy pequeños, la participación en el comercio internacional les permite trascender las limitaciones de sus mercados internos para aprovechar economías de escala y utilizar plenamente su capacidad instalada. Por último, al generar mayores

ingresos, la participación en el comercio internacional también tiende a incrementar el ahorro doméstico, proporcionando los recursos necesarios para financiar futuras inversiones.

Las lecciones son bastante claras: el espectacular crecimiento de Corea, Taiwan, y otros países asiáticos es prueba palpable de la viabilidad del modelo smithiano, mientras que las crisis inflacionarias y el endeudamiento que hoy observamos en la mayoría de los países latinoamericanos son evidencia del agotamiento de un modelo de desarrollo esencialmente mercantilista. Por cierto que para Adam Smith esto no tendría nada de sorprendente. ¿Habremos nosotros aprendido nuestras lecciones? Eso está aún por verse.

BIBLIOGRAFIA

A. Obras de Adam Smith (en orden de primera publicación).

“A Dictionary of the English Language, by Samuel Johnson.” *The Edinburgh Review*, No. 1 (Jan 1755), Appendix.

“A Letter to the Authors of the Edinburgh Review.” *The Edinburgh Review*, No. 2 (July 1755).

The Theory of Moral Sentiments. Londres, 1759.

“Considerations Concerning the First Formation of Languages, and the Different Genius of Original and Compounded Languages.” *The Philological Miscellany*, 1 (1761), pp. 440-79.

An Inquiry into the Nature and Causes of the Wealth of Nations. Londres, 1776. [La más conocida edición moderna es la de Edwin Cannan, publicada originalmente en 1904, y reproducida por la Modern Li-

²⁹Sobre este tema véase S. C. Tsiang, «Taiwan's Economic Miracle: Lessons in Economic Development», en A. C. Harberger (ed.), *World Economic Growth* (San Francisco: ICS Press, 1984), pp. 301-25, y Lawrence J. Lau (ed.), *Models of Development: A Comparative Study of Economic Growth in South Korea and Taiwan* (San Francisco: International Center for Economic Growth, 1990).

brary (Nueva York, 1937). De esta edición existe una versión en español, publicada por el Fondo de Cultura Económica (México, 1958), con un valioso «Estudio preliminar» del traductor, Gabriel Franco. La primera edición en español de *La riqueza de las naciones*, traducida por Don José Alonso Ortíz, fue publicada en Valladolid, en 1794. Una versión revisada de esta primera traducción fue publicada en 1934 por la firma Bosch, de Barcelona, con un prólogo por José M. Tallada.]

Essays on Philosophical Subjects. Joseph Black y James Hutton, eds. Edimburgo, 1795.

Lectures on Justice, Police, Revenue and Arms, Delivered in the University of Glasgow, Reported by a Student in 1763. Edwin Cannan, ed. Oxford: Clarendon, 1896.

Adam Smith on the American Revolution: An Unpublished Memorial. G. H. Guttridge, ed. *American Historical Review*, 38 (1933): 714-20.

Lectures on Rhetoric and Belles Lettres, Delivered in the University of Glasgow, 1762-63. John M. Lothian, ed. Londres: Nelson, 1963.

The Glasgow Edition of the Works and Correspondence of Adam Smith, 6 vols. A. L. Macfie, D. D. Raphael, R. H. Campbell, A. S. Skinner, W. B. Todd, W. P. D. Wightman, J. C. Bryce, R. L. Meek, P. G. Stein, E. C. Mossner, I. S. Ross, eds. Oxford University Press, 1976-1983.

B. Literatura Smithiana — Guía Bibliográfica.

Una breve y excelente introducción a la vida y obra de Adam Smith es el artículo de Jacob Viner, «Adam Smith», *International Encyclopedia of the Social Sciences* (1968), vol. 14, pp. 322-29. La mejor relación de la vida de Smith por un contemporáneo es el «Account» de Dugald Stewart, dictado ante la Royal Society de Edimburgo en 1793, aunque la principal biografía sigue siendo la de

John Rae, *Life of Adam Smith*, publicada en 1895. Esta obra fue re-editada por la firma Augustus M. Kelley (Nueva York, 1965), con un extenso ensayo introductorio por el Prof. Viner, ensayo que ya es un clásico en sí mismo. La obra de William R. Scott, *Adam Smith as Student and Professor* (Glasgow: Jackson, Son & Co., 1937) contiene mucho material documental sobre la vida de Adam Smith. Una excelente biografía moderna, basada mayormente en las obras de Rae y Scott y los descubrimientos de Cannan y Lothian, es la de E. G. West, *Adam Smith: The Man and His Works* (Indianápolis: Liberty Press, 1976; de esta obra existe una versión en español, publicada por Unión Editorial, Madrid, 1989). Un reciente artículo por G. M. Anderson, W. F. Shugart y R. D. Tollison, «Adam Smith in the Customhouse», *Journal of Political Economy*, 93 (1985): 740-59, examina una fuente de información previamente ignorada: las actas y correspondencia de la Comisión de Aduanas de Escocia para el período 1778-90.

La biblioteca de Adam Smith ha sido un tema que siempre ha interesado a los estudiosos de su vida y obra. Los conocimientos que actualmente poseemos a este respecto se deben a las diligentes y meticulosas investigaciones de James Bonar, *Catalogue of the Library of Adam Smith*, 2ª ed. (Londres: Macmillan, 1932) y Hiroshi Mizuta, *Adam Smith's Library: A Supplement to Bonar's Catalogue with Checklist of the Whole Library* (Cambridge University Press, 1967). El libro de Bonar también contiene algunos interesantes materiales biográficos.

Con motivo del bicentenario de la publicación de *La riqueza de las naciones*, la Universidad de Glasgow comisionó una colección completa de todas las obras conocidas de Adam Smith. Publicada a partir de 1976 por la Oxford University Press, la *Glasgow Edition of the Works and Correspondence of Adam Smith* consiste de los siguientes volúmenes: vol. 1, *The Theory of Moral Sentiments*, editado por A. L. Macfie y D. D. Raphael; vol. 2, *An Inquiry into the Nature and Causes of the Wealth of Nations*, editado por R. H. Campbell, A. S. Skinner y W. B. Todd;

vol. 3, *Essays on Philosophical Subjects* (incluye el ensayo sobre la historia de la astronomía y la relación de la vida y obra de Adam Smith por Dugald Stewart), editado por W. P. D. Wightman y I. S. Ross; vol. 4, *Lectures on Rhetoric and Belles Lettres* (incluye el ensayo sobre el origen de los idiomas), editado por J. C. Bryce; vol. 5, *Lectures on Jurisprudence* (contiene, además de los apuntes editados por Edwin Cannan en 1896, un segundo juego de apuntes descubierto en 1958 por J. M. Lothian), editado por R. L. Meek, D. D. Raphael y P. G. Stein; vol. 6, *Correspondence of Adam Smith*, editado por E. C. Mossner y I. S. Ross. (En 2001 se publicó un índice general de los seis volúmenes de la Edición Glasgow, editado por K. Haakonssen y A. S. Skinner.)

El bicentenario también motivó un gran número de estudios y reapreciaciones de la obra de Smith. Una útil reseña de esta literatura es la de Horst C. Recktenwald, «An Adam Smith Renaissance *anno* 1976? The Bicentenary Output—A Reappraisal of his Scholarship», *Journal of Economic Literature*, 16 (1978): 56-83. Sobre desarrollos más recientes véase E. G. West, «Developments in the Literature on Adam Smith: An Evaluative Survey», en W. O. Thweatt (ed.), *Classical Political Economy: A Survey of Recent Literature* (Dordrecht: Kluwer, 1988), pp. 13-44.

Diversos aspectos de *La riqueza de las naciones* son discutidos por Edwin Cannan, «Adam Smith as an Economist», *Economica*, No. 17 (1926): 123-34, Jacob Viner, «Adam Smith and Laissez-Faire», *Journal of Political Economy*, 35 (1927): 198-232, Nathan Rosenberg, «Some Institutional Aspects of *The Wealth of Nations*», *Journal of Political Economy*, 68 (1960): 557-70 y Alan Peacock, «The Treatment of the Principles of Public Finance in *The Wealth of Nations*», en *The Economic Analysis of Government and Related Themes* (Oxford: Martin Robertson, 1979), pp. 37-51. Sobre el tema central de la división del trabajo y sus efectos económicos y sociales véase E. G. West, «Adam Smith's Two Views on the Division of Labour», *Eco-*

nomica, 31 (1964): 23-32 y Nathan Rosenberg, «Adam Smith on the Division of Labour: Two Views or One?», *Economica*, 32 (1965): 127-39. Para un desarrollo moderno de una de las implicaciones de la teoría de Smith véase George J. Stigler, «The Division of Labor is Limited by the Extent of the Market», *Journal of Political Economy*, 59 (1951): 185-93. Sobre este tema también es relevante el artículo de Ronald Hamowy, «Adam Smith, Adam Ferguson, and the Division of Labour», *Economica*, 35 (1968): 249-59. El clásico artículo sobre la teoría del crecimiento económico en Adam Smith es el de Joseph J. Spengler, «Adam Smith's Theory of Economic Growth», *Southern Economic Journal*, 25 (1959): 397-415 y 26 (1959): 1-12, pero véase además Irma Adelman, *Theories of Economic Growth and Development* (Stanford University Press, 1961), Cap. 3, y Haim Barkai, «A Formal Outline of a Smithian Growth Model», *Quarterly Journal of Economics*, 83 (1969): 396-414.

Sobre *La teoría de los sentimientos morales* y su relación con *La riqueza de las naciones* puede consultarse Glenn R. Morrow, «Adam Smith: Moralist and Philosopher», en *Adam Smith, 1776-1926: Lectures* (Chicago: University of Chicago Press, 1928), pp. 156-79, O. H. Taylor, «Adam Smith's Philosophy of Science and Theory of Social Psychology and Ethics», en *A History of Economic Thought* (Nueva York: McGraw-Hill, 1960), pp. 49-76, W. F. Campbell, «Adam Smith's Theory of Justice, Prudence, and Beneficence», *American Economic Review*, 57 (1967): 571-77 y R. H. Coase, «Adam Smith's View of Man», *Journal of Law and Economics*, 19 (1976): 529-46. La mayoría de los estudiosos modernos consideran estas dos obras como complementarias, aunque algunos estudiosos alemanes del siglo XIX acuñaron la frase «das Adam Smith-problem» para denotar las aparentes contradicciones entre *La teoría de los sentimientos morales* y *La riqueza de las naciones* (o, como lo expresara Viner: «la mutua incompreensión de ambas obras que resulta del empleo de la una en la interpretación de la otra»). Para una bibliografía muy completa

de la literatura alemana sobre este tema véase la versión alemana de *La teoría de los sentimientos morales*, traducida por Walther Eckstein, *Theorie der Ethischen Gefühle* (Leipzig: Felix Meiner, 1926), pp. lxxiv-lxxviii.

Sobre la filosofía de la ciencia en Adam Smith véase H. J. Bittermann, «Adam Smith's Empiricism and the Law of Nature», *Journal of Political Economy*, 48 (1940): 487-520, 703-34 y Herbert F. Thomson, «Adam Smith's Philosophy of Science», *Quarterly Journal of Economics*, 79 (1965): 212-33. Wilbur S. Howell, «Adam Smith's Lectures on Rhetoric: An Historical Assessment», *Speech Monographs*, 36 (1969): 393-418, examina y evalúa las conferencias sobre retórica descubiertas por Lothian en 1958. Las opiniones de Smith sobre el tema de la educación son examinadas por E. G. West, «Private versus Public Education: A Classical Economic Dispute», *Journal of Political Economy*, 72 (1964): 465-75. Para un análisis del concepto de capital humano en Smith véase Theodore W. Schultz, «Adam Smith and Human Capital», en Michael Fry (ed.), *Adam Smith's Legacy* (Londres: Routledge, 1992), pp. 130-40. Norman Barry, «The Tradition of Spontaneous Order», *Literature of Liberty*, 5 (2) (1982): 7-58, relaciona el análisis smithiano con una larga tradición de teoría social basada en el estudio de órdenes espontáneos, desde Bernard Mandeville, pasando por Carl Menger, y culminando con F. A. Hayek.

Por cierto que esta lista de referencias, aunque extensa, sólo constituye una muestra de la literatura smithiana, que es simplemente inmensa. Actualmente la bibliografía más completa sobre literatura smithiana es la de Martha Bolar Lightwood, *A Selected Bibliography of Significant Works About Adam Smith* (Philadelphia: University of Pennsylvania Press, 1984).